

podía costarle cara, y que en efecto era preciso que le perjudicase. El emperador de Rusia, á quien procuró hablar, le escuchó como un hombre libre de toda obligación hacia la Francia; lord Castlereagh como un aliado deseoso de complacerle, pero desprovisto de entusiasmo en las cuestiones de legitimidad y muy embarazado por los compromisos contraídos con Murat; en fin, Mr. de Metternich, como un astuto diplomático, habiendo sabido servir muy bien á la Francia, pero cuidándose poco de ser reconocido y temiendo siempre indisponerse con la Italia. Dichosamente para Mr. de Talleyrand, el duque de Wellingtón, recientemente llegado á Viena, podía prestarle un gran apoyo y servirle de un precioso refuerzo. Luis XVIII, que había adquirido en Inglaterra las costumbres inglesas y el arte de vivir con ellos, supo lisonjear con destreza al generalísimo británico, y se ligó con él estrechamente. Así es que una vez en Viena, lord Wellingtón podía prestar verdaderos servicios á Luis XVIII por su manera de hablar de él y de su gobierno. «Muchas faltas se cometen en París, decía, pero el rey, más prudente que su familia, es generalmente querido. El ejército es más temible que nunca. Peligroso si se le emplease en el interior, en el exterior sería fiel y terrible. La hacienda se halla restablecida y casi floreciente. Lo que falta es un gobierno. Hay allí ministros, pero no hay ministerio. Con todo, si fuera preciso, la Francia es entre todas las potencias europeas la mejor preparada para hacer la guerra, y sería la que con más medios contase para emprenderla de nuevo; es necesario, pues, contar, pero contar mucho con ella.» Estas palabras habían sido para nosotros más útiles que todos los pasos que daba la legación francesa, y dichas y repetidas en el momento en que los rusos y prusianos iban á tener que decidir la cuestión que más la interesaba, ejercieron sobre ellos una singular influencia.

Lord Wellingtón, con respecto á Nápoles, abundaba por completo en las ideas de Mr. de Talleyrand, y esto no era por devoción al principio de legitimidad, pues, como escribía con originalidad Mr. de Talleyrand á Luis XVIII, los ingleses habían sobre esto *formado sus ideas morales en la India*, pero él se había convencido por prácticas consideraciones. Había comprendido que reinando los Borbones en París, Madrid y Palermo, la paz con Murat, solo en Nápoles, pronto sería imposible; que antes de seis meses la Europa se vería alterada; que esto sería para Napoleón una ocasión propicia, que le haría volver á la escena, y que sería una gran imprudencia del congreso separarse antes de haber evitado este peligro. Expuso esta opinión al emperador Alejandro, al rey de Prusia, al emperador Francisco y á Mr. de Metternich, el menos dispuesto de todos á obrar. A estas observaciones tan justas oponían, es verdad, una objeción muy justa también, fundada en la dificultad de ejecución, pues era preciso hacer la guerra en Italia y esperar ver arder á esta comarca por entero. Mr. de Talleyrand respondió que la Francia y la España tomarían sobre sí toda la responsabilidad de la empresa, mediante una simple declaración diciendo que las potencias reunidas en Viena no reconocían por rey de las Dos Sicilias más que á Fernando IV; en este caso, la Francia se encargaba de decidir la cuestión. A esto le replicaban alegando primero los compromisos contra-

dos, después manifestando alguna incredulidad respecto á los medios de ejecución, no porque no creyeran capaz á la Francia de salir triunfante del ejército napolitano, sino porque dudaban que el ejército francés se conservara fiel á los Borbones al encontrarse con Murat y quizá con Napoleón. Nadie en Viena se interesaba por Murat; al contrario, todos deseaban su caída; pero contentos al verse libres del peso del asunto de Sajonia y de Polonia, contentos sobre todo de poseer lo que deseaban, cada uno hacía sus preparativos de viaje, escuchando apenas lo que se hablaba de Nápoles, por más que todos anunciaban que el último día emitirían un parecer conforme á lo que decidieran el Austria y la Francia. Sin embargo, en medio de esta indiferencia general, una circunstancia accidental vino en socorro de Mr. de Talleyrand. Lord Castlereagh tenía necesidad de él para una cuestión, la de la trata de negros, que interesaba mucho á la nación inglesa, pero que interesaba muy poco á los demás gabinetes europeos, y presentó este asunto al mismo tiempo que el negocio de Nápoles, del que sólo se ocupaban por complacencia. Lord Castlereagh, que volvía á Inglaterra con la paz, con la humillación tan deseada de la Francia, con la creación del reino de los Países Bajos, con la posesión definitiva de Malta, del cabo de Buena Esperanza, de la isla de Francia y tantos otros magníficos presentes, tenía aún necesidad de alguna cosa más, esto era, de llevar á su nación la satisfacción de un voto popular, muy noble seguramente, pues se trataba de la abolición de la esclavitud, pero que, como los votos populares, era más que nada producto de la irreflexión y la impaciencia. Los ingleses, excitados por numerosas y frecuentes declamaciones, se habían poseído de una verdadera pasión por la libertad de los negros, y esta pasión era sincera; pero nos será permitido decir que al mérito de la sinceridad no se unía el del desinterés. Si la libertad de los negros hubiese debido sublevar á la India, los ingleses quizá hubieran estado menos solícitos por conseguir su objeto; pero como sólo alborotaría á la América, podían entregarse á toda la actividad de su convicción sin padecer por ello. Deseaban, pues, con ardor la abolición de la trata, y Luis XVIII, animado de la pasión que les dominaba respecto á esto, aconsejó á Mr. de Talleyrand que hiciese una arma de esta cuestión y se sirviese de ella sin ningún escrúpulo.

Ahora bien: como las potencias continentales no tenían respecto á esto ni interés ni opinión, como sólo las potencias marítimas tenían parecer é interés en la materia, y como entre estas últimas, que eran la Francia, la España y Portugal, la Francia era únicamente la de más peso, Mr. de Talleyrand podía influir mucho, y prometió todo su apoyo á lord Castlereagh en cambio del que éste le daría en los negocios de Nápoles. Estas dos cuestiones, reservadas para el fin, se convirtieron en un negocio de pura condescendencia por parte del congreso con los pocos gabinetes á quienes esta cuestión interesaba.

Lord Castlereagh reclamó desde luego la abolición absoluta é inmediata de la trata en las costas de África, y no se detuvo en esto: quería que todas las potencias marítimas pudiesen vigilarse las unas á las otras, es decir, que usasen del derecho de visita, para asegurarse de que ninguna de ellas hacía el comercio de esclavos, y pidió además que rechazaran los géneros coloniales

de las naciones que no aceptasen este convenio humanitario. Esto era mucho exigir, pues el derecho de visita no debía ser ejercido más que por la Inglaterra, única activa en la persecución de los que hacían el tráfico. La negociación se trató al principio entre las potencias; pero lord Castlereagh, viéndose aislado en medio de ellas, pidió que las potencias continentales tomasen parte en las conferencias, y entonces fué cuando encontró un poco más de apoyo. Se esforzó en demostrar á la Francia, á la España y á Portugal, que la trata les molestaba, que era peligroso tener en las colonias tantos negros y tan escaso número de blancos, y que era mejor quedarse con los negros que poseían, y los hijos que de ellos nacieran, á los que en este caso se trataría prodigándoles toda clase de cuidados. A esto le dijeron que tal vez tenía razón, pero que en las colonias españolas y portuguesas los negros estaban en igual proporción que los blancos, en tanto que en las colonias inglesas había veinte negros por cada blanco, por lo que los ingleses debían aprovecharse del consejo; que, además, durante la guerra marítima habían tomado sus precauciones y llenado de negros sus colonias; que los españoles, portugueses y franceses no habían podido hacerlo; que necesitaban pues algunos años para procurarse brazos, y que sólo entonces podían consentir en abolir la trata. Después de muchas conferencias, la Francia, por lo que la concernía, se contentó con pedir sólo cinco años, y decidió á la España y á Portugal á que se contentaran con ocho, en cuyo término la trata debía ser abolida.

Lord Castlereagh hubiera deseado conseguir más, pero no fué escuchado. En cuanto al derecho de visita recíproca, esta pretensión manifestada por primera vez, sorprendió y disgustó á todos. Habían sostenido el principio de que, en paz, cada nación tenía exclusivamente el derecho de inspeccionar las embarcaciones en que ondeaba su bandera, y respecto de tomar una medida comercial represiva contra aquellas de las naciones marítimas que no entrasen en el sistema de la Inglaterra, vencieron esta dificultad aplazándola para el día en que la trata estuviere totalmente abolida, añadiendo á esta abolición una sanción penal.

Para satisfacer á lord Castlereagh, que quería presentar al parlamento británico algo definitivo, se consintió en hacer á nombre de todas las potencias reunidas en Viena una declaración, dirigiéndose á todos los pueblos, condenando moralmente la trata y calificándola de atentado contra la civilización y la humanidad, expresando el deseo de su próxima abolición. Los aliados de Chaumont, reforzados con el representante de la restauración francesa, redactaron una declaración, verdadera en su forma, pero que, por el estilo, igualaba cuando menos á las declamaciones emanadas de la Asamblea constituyente. MM. de Nesselrode, de Metternich y de Talleyrand apoyaron en esto á lord Castlereagh, empleando un lenguaje que les hacía sonreír, pues el modo de repartirse los pueblos de la Europa probaba demasiado el entusiasmo que pudieran tener por la libertad de los negros.

En los últimos días en que el congreso, después de haber hecho con largueza el reparto de los intereses, deseaba dar alguna cosa á las ideas morales, adaptaron excelentes máximas respecto á la libertad de navegación

por los grandes ríos del mundo. En efecto, decidieron que la navegación de todos los ríos fuese libre; que los dueños de estos ríos que no quisieran recibir ciertas mercancías, no podrían impedir su tránsito cuando fueran destinadas á otros; que no podrían percibir más que el derecho de tonelada, independiente del valor y especie de las mercancías transportadas, derechos afectos á la conservación de la navegación; que, en fin, mediante estos derechos, estaban obligados á conservar en buen estado los caminos. Estos nobles principios, dictados por la justicia y el buen sentido, y proclamados esta vez con perfecta sinceridad, han dado un impercedero honor al congreso de Viena, y son, con la neutralidad de la Suiza y la condenación de la esclavitud, la única parte de su obra que ha echado los cimientos del derecho público en las naciones.

Todo estaba, pues, concluido en Viena, todo, excepto la redacción de lo acordado, y los asuntos de Parma y Nápoles, que estaban suspendidos, y Mr. de Talleyrand no había podido obtener de lord Castlereagh, cuyos deseos había secundado tanto respecto de los negros, la promesa de presentar al gabinete británico, en cuanto llegara á Londres, la cuestión de Nápoles. La cuestión de dejar á Napoleón en la isla de Elba ó trasladarle á las Azores, no fué tratada categóricamente, en vista del tratado del 11 de abril, al cual Alejandro creía ligado su honor, y esta cuestión la consideraban identificada con la de Murat. «El día en que se resuelva la una, habrán dicho, se resolverá la otra; pero es difícil tomar un partido inmediato.» También habían insistido en que se pagaran á Napoleón los dos millones prometidos en el tratado del 11 de abril, y dijeron á Mr. de Talleyrand que negarse á hacer este pago tenía algo de mezquino y casi de imprudente, pues esto era dar á Napoleón un pretexto legítimo de considerarse como libre de todo compromiso con la Europa.

Así es que iban á separarse quedando sin resolver los asuntos que tanto interesaban á los Borbones. Lord Castlereagh debía partir el 15 de febrero, el emperador Alejandro el 20, cuando Murat, con la oportunidad que ha caracterizado la mayor parte de los actos de su vida, vino en socorro de aquellos que querían destruirle sin hallar los medios. Su ministro en el congreso era el duque de Campo Chiaro, que no fué admitido por el mismo motivo que no lo habían sido los representantes de Sajonia, Dinamarca y Génova. Este representante, bien informado, le había tenido al corriente de los esfuerzos de las dos casas de Borbón contra él, y de la probabilidad de un próximo fracaso á consecuencia de la cuestión de Sajonia. El pobre Murat, creyendo la ocasión buena, imaginó expedir al duque de Campo Chiaro una nota en la cual, exponiendo todo lo que se hacía contra él en el congreso, pedía una explicación formal, con el fin de saber si estaba en paz ó en guerra con las dos casas de Borbón; y significaba que en el caso en que tuviera de defenderse, se vería en la necesidad de franquear el territorio de algunos Estados italianos. Murat creyó que, llegando esta nota en el momento de una ruptura entre las grandes potencias, le proporcionaría á la vez la ocasión y el derecho de obrar contra los que ambicionaban su trono. El pronóstico de Mr. de Metternich se encontraba realizado, y no había más que esperar para tener un pretexto especioso



y considerarse libres de todos los compromisos contraídos contra aquel desgraciado. Además las cartas interceptadas de lord Oxford, cuya prisión hemos descrito, y otros papeles más, probaban suficientemente que Murat tenía parte en todas las disensiones que se preparaban en Italia. Estas eran, pues, poderosas razones para convencer á los que vacilaran en considerarse libres de sus compromisos.

Cuando el duque de Campo-Chiaro recibió la nota en cuestión, consideró en seguida la inoportunidad de ella, pues estaban definitivamente arregladas todas las cosas que habían puesto en peligro la buena inteligencia de los gabinetes. Se personó con Mr. de Metternich para darle parte del documento que acababa de recibir, pero rogándole que le considerara como nulo, pues él se cuidaría de no darle valor. Mr. de Metternich habló de esto á lord Wellingtón y lord Castlereagh, quienes á su vez lo comunicaron á Mr. de Talleyrand, el cual lo dijo á todo el mundo. El documento, destinado á personas que tenían necesidad de procurarse ofensas, hizo tanto efecto como si hubiese sido comunicado oficialmente, pues nunca se está más conmovido que cuando se quiere estarlo. Mr. de Metternich se concertó con Mr. de Talleyrand y el duque de Wellingtón, y puestos de acuerdo, convinieron en que el Austria, libre de todo cuidado sobre la Sajonia y la Polonia, reuniría ciento cincuenta mil hombres hacia el Po, anunciando por una pública declaración que estas precauciones tenían por objeto hacer respetar su territorio y el de los príncipes de la casa de Austria establecidos en Italia. Esto era, en términos poco encubiertos, declarar la guerra á Murat y dar á lord Castlereagh la ocasión de descorrer ante el parlamento todos los velos que envolvían aún este asunto.

Quedaba á la Francia el cuidado de dar el último golpe. Mr. de Talleyrand se mostró satisfecho con una medida que, á sus ojos, era casi la solución de lo que tanto había deseado, y que estuvo á pique de escapársele. La cuestión de Parma fué al mismo tiempo terminada. Ésta había sufrido un sinnúmero de vicisitudes. Por las vivas instancias de Francia y España, la comisión encargada de los asuntos de Italia había reconocido que, en medio de la restauración universal de los antiguos príncipes, era difícil negarse á la restauración de la casa de Parma. Pero se hallaban coartados por el tratado del 11 de abril, cuyo constante defensor era Alejandro; y por los miramientos al padre de María Luisa no sabían cómo salir de este atolladero. Por un momento pensaron salir del paso á expensas del papa, dando á María Luisa una de las Legaciones, que al morir esta princesa volvería á la Santa Sede; pero al instante tuvieron que atender al representante del Sumo Pontífice, quien hizo valer con razón el derecho del papa sobre las Legaciones, derecho igual al de los otros soberanos á quienes se restablecía en sus Estados, y la necesidad que tenía su hacienda de aquellas provincias, las más ricas de las que componían el dominio de la Iglesia. Nada podía responderse al representante de la Santa Sede, y Mr. de Metternich imaginó entonces otro medio: éste era el de entregar el ducado de Parma á la reina de Etruria y dar el de Luca á María Luisa, quien, de este modo, estaría más cerca del mar y de la isla de Elba, añadiendo á esto una pensión que pagarían á

medias el Austria y la Francia. A la muerte de María Luisa, Luca, en vez de pasar al hijo de Napoleón, pasaría al duque de Toscana, lo que sería una satisfacción para la Francia, muy preocupada de ver al hijo de Napoleón establecido sobre uno de los tronos de Italia. Sin embargo, el Austria, al dejar pasar Parma á unas manos que no eran austríacas, había tenido cuidado de estipular que conservaría Plasencia, á causa del puente sobre el Po.

Esta transacción, juzgada como aceptable por la Francia y la España, no había sido aún propuesta á María Luisa. Mr. de Metternich fué el encargado de sometérsela. Vió á esta princesa, la habló en nombre de todas las potencias y en el de su padre, y se esforzó en hacerla comprender las dificultades de este asunto; pero, con gran sorpresa suya, fué muy mal acogido por la esposa de Napoleón. Esta princesa, aunque generalmente débil, defendió con obstinación en el ducado de Parma el patrimonio de su hijo y su propia viudedad. El conde de Neiperg, que la aconsejaba hábilmente, le había inspirado la idea de dirigirse al emperador Alejandro y al emperador Francisco y trastornar á uno y á otro con la energía de su resistencia, afirmándola que obrando así al cabo triunfaría. Siguió este consejo, y logró conmover á su padre y despertar el amor propio de Alejandro; cobró ánimo al ver que era escuchada, y cuando Mr. de Metternich volvió á verla, rechazó abiertamente lo que la ofrecían, dió una razón que sorprendió al ministro austriaco, y que habría sido por su parte más honroso callar: ésta era la de que prefería más estar alejada que cerca de la isla de Elba, cuya proximidad gozaría en Luca, hallándose, decía, decidida á no reunirse jamás con su esposo. Evidentemente había buscado en otros lazos la dicha privada, que prefería á la gloria, á la grandeza y hasta á su propia dignidad.

Fué preciso ir á declarar á la comisión de los asuntos de Italia que el arreglo propuesto era imposible, á causa de la resistencia de María Luisa. No sabían cómo componerse, cuando de repente Mr. de Metternich pidió á Mr. de Talleyrand algunos días de tregua, prometiéndole que no tardaría en comunicarle la solución de esta última dificultad, de manera que Mr. de Talleyrand pudiese conocerla antes de abandonar á Viena. Hallándose el negocio de Nápoles de mucha más importancia casi terminado, Mr. de Talleyrand creyó poder esperar por el de Parma, y esperó. He aquí la solución que había encontrado Mr. de Metternich y de la que había hecho un misterio para Mr. de Talleyrand.

Lord Castlereagh partía para Londres é iba á atravesar por París. Debía ver á Luis XVIII, y como sobre este príncipe tenía mucha influencia, en su calidad de jefe del gabinete británico, creyeron que podría decidirle en favor de la combinación imaginada, en tanto que por parte de Mr. de Talleyrand no podían esperar, porque considerando la cuestión de Parma completamente dinástica, tenía un interés casi personal en hacerla resolver en el sentido favorable á la casa de Borbón. Más unidos que nunca los dos gabinetes de Londres y Viena, lord Castlereagh se encargó de hacer este servicio á la corte de Austria y pedir á Luis XVIII, en nombre del emperador Francisco y en el de los sacrificios de familia que este monarca se había impuesto, que dejase á María Luisa el ducado de Parma mientras vi-

viera, y entretanto la reina de Etruria tendría el de Luca y con él algunas pensiones. A la muerte de María Luisa, el ducado de Parma pasaría á la reina de Etruria ó á sus hijos, perteneciendo desde entonces el de Luca á la Toscana.

Este arreglo, por lo demás muy aceptable, propuesto directamente á Luis XVIII por el primer secretario de Estado de Su Majestad Británica, á nombre de dos cortes que tenían en su mano la solución de los asuntos de Nápoles, contaba con grandes probabilidades de ser acogido. Tal era el motivo del secreto guardado con Mr. de Talleyrand y de la tregua de algunos días que le había pedido Mr. de Metternich.

En el momento de dejar á Viena, Alejandro quiso saber á qué atenerse sobre una cuestión de familia que le interesaba vivamente, el matrimonio proyectado de su hermana, la gran duquesa Ana, con el duque de Berry. Como hemos dicho, el hábil conde Pozzo había considerado este matrimonio igualmente útil á la Francia, que hallaría en él una alianza poderosa, como á la Rusia, que haría así un matrimonio superior en categoría á todos los que hasta entonces había contraído. Alejandro, poco cuidadoso de esta última consideración, se hubiera dado por satisfecho con poder enlazar la política de los dos países, y ciertamente, si se hubiesen prestado los Borbones á esta unión y hubiesen adoptado el partido de la Prusia y de la Rusia en la cuestión sajo-polaca, pocas cosas habría negado á la Francia. Su madre, princesa respetable, con todas las opiniones de una emigrada francesa, tenía en mucho este enlace, que lisonjeaba singularmente á su orgullo. La corte de Francia, menos solícita, hubiera obrado, de todos modos, como esas familias nobles que consienten en descender de su categoría para contraer alianzas ventajosas; pero estaba contenida por la religión, y como ya hemos dicho, quería que la conversión se operara antes que la princesa llegara á Francia. Alejandro, que no quería aparecer como comprador de esta alianza por una apostasía, exigía que la princesa saliera de Rusia griega y que la hicieran cambiar de religión donde quisiera. Por una y otra parte, estas eran razones bastante mezquinas en presencia de intereses políticos que aconsejaban esta unión. Pero la cuestión había perdido mucho en Viena, desde que Mr. de Talleyrand se había enemistado abiertamente con Alejandro, y sin embargo, el matrimonio no era aún imposible. Antes de concluir el congreso, Luis XVIII había recomendado á su ministro que le librara de las instancias de la corte de Rusia si definitivamente creía que debía rechazarlas; y en este caso le pedía que buscara un medio conveniente para zafarse del compromiso.

Mr. de Talleyrand, convencido de haber dado á la Francia, por el tratado del 3 de enero, los mejores y más firmes aliados, interesado además en que se considerara como poco necesaria una alianza á la que había creado tantos obstáculos, escribió á Luis XVIII una carta largamente motivada, y caracterizando perfectamente la política de aquella época. «Si la corte de Francia, decía, en los primeros días de la restauración cuando aún era débil, podía mirar como útil la alianza con Rusia, entonces no era lo mismo, pues contaba con las más ventajosas y más fuertes alianzas y se había convertido en el foco de la política europea. A los otros

tocaba buscar su apoyo, pues ella se hallaba dispensada de buscar el de nadie. En aquel momento no tenía ningún interés en la alianza con la Rusia. Alejandro era un príncipe inconsiderado, dominado por locas opiniones, con el cual todo concierto era imposible. Además, la familia reinante de Rusia era muy inferior, en cuanto á su nacimiento, á la de Borbón para que allí no hubiese al aliarse cierto desprestigio. La casa de Austria era más digna de unirse con los Borbones, pero los matrimonios contraídos con ella habían sido desgraciados para los dos países, y sin vacilar aconsejaba que se eligiese una princesa de la misma casa de Borbón.»

Al recibir esta carta, Luis XVIII convino en que, sobre este asunto, pensaba muy bien su ministro, en que sabía apreciar la respectiva categoría de las testas coronadas y en que debía hacerse lo que él aconsejaba. Renunció por tanto á la unión rusa, dejando á Mr. de Talleyrand el cuidado de librarle del compromiso, con el tacto que aquel negociador empleaba en todo.

Mr. de Talleyrand se decidió á evitar toda explicación sobre aquel matrimonio en tanto que quedara algo que hacer en Viena. Sin embargo, la víspera de la separación general tuvo que romper su silencio. En efecto, Alejandro, en su última conversación, le dijo con afectada indiferencia: «Me piden á mi hermana; yo no quiero disponer de su mano sin explicarme definitivamente con la corte de Francia, que había parecido deseársela. Mi madre vería con placer este matrimonio; por mí lo hallaría honroso, pero quisiera estar seguro. La he negado;» y añadió sonriendo con un tono humilde, que le costaba poco: «He sufrido también. Fernando VII me ha pedido á mi hermana; pero al saber que era griega, ha retirado su demanda.» Mr. de Talleyrand, sonriendo á su vez, y sin demostrar más embarazo que su augusto interlocutor, le respondió: «La conducta de Su Majestad Católica debe revelaros los apuros de su Majestad Cristianísima...» Después tratando en chanza este grave asunto, hizo entender al zar que el muy piadoso Luis XVIII era inflexible en materia de religión. Alejandro no insistió, y no pareció dar ninguna importancia á un asunto que, sin embargo, le interesaba profundamente, pues la corte de Rusia deseaba mucho el enlace de la archiduquesa Ana con el duque de Berry. Pero el destino de la princesa hizo que la faltara por dos veces un matrimonio que la hubiera asociado á las vicisitudes de nuestras revoluciones para ir á sentarse sobre el trono de los Países Bajos.

Esta fué la última cuestión de un serio interés que tuvo que tratar Mr. de Talleyrand, y la solución adoptada demostraba, tanto como todas aquellas por las que se había interesado, su tiempo, su corte y su carácter. El congreso había pues acabado su delicada tarea, y todos los soberanos iban á retirarse, dejando á sus ministros el cuidado secundario de la redacción, cuando, en los primeros días de marzo, circuló de repente una noticia que, aunque imprevista, no sorprendió á nadie, tal era el presentimiento secreto que de ella se tenía. Se supo, por un despacho del cónsul austriaco en Génova, que Napoleón, escapado de la isla de Elba, había desembarcado en el golfo Juan. ¿Dónde iba? ¿Cuál era su objeto?, se preguntaban todos con terror. Según Mr. de Metternich, marchaba hacia París; y en efecto, esta era la suposición más natural. Según Mr. de Talleyrand,



que procuraba hacerse ilusiones, Napoleón se dirigía á Italia. Durante algunos días, flotaron entre estas dos conjeturas, tan lejos de ofrecer una semejanza; y una agitación extraordinaria se apoderó de todos los ánimos. El sentimiento general fué el terror y después la cólera. Alejandro era censurado de un modo inaudito, como autor del tratado del 11 de abril, que señaló á Napoleón como asilo la isla de Elba. Él mismo se acusaba con la mejor buena fe, y prometía reparar todas sus faltas de generosidad con los esfuerzos gigantescos contra el evadido de la isla de Elba. Al instante fueron suspendidas las partidas de los congregados en Viena, prometiendo todos no separarse hasta vencer la nueva crisis.

Por lo demás, todas las resoluciones tomadas fueron sostenidas, y aunque su consagración en la gran acta final de Viena fué retardada por algunos meses, no por eso fueron menos definitivas, y su adopción fué acordada en los seis últimos meses del año 1814, cuya historia acabamos de trazar. El congreso de Viena pudo considerarse como terminado en esta época, bajo el informe de la demarcación y de la constitución de los Estados; y es llegado el momento de pronunciar un juicio sobre el establecimiento europeo que fundó, y que ha sido uno de los más duraderos que se han visto, pues con excepción de algunos cambios, se ha sostenido cerca de medio siglo.

Si se considera el congreso de Viena desde el doble punto de vista de la justicia y de la política, he aquí, según nuestra opinión, lo que puede decirse, desentendiéndonos de toda animosidad nacional, como es nuestro deber de historiador, que nos obliga á no pertenecer á ningún país, á ningún siglo, para acercarnos en todo lo posible á la eterna verdad.

Si escuchásemos á los hombres cuando sufren por las faltas de otros; si escuchásemos su indignación generosa contra estas faltas, contra aquellos que se abandonan á ellas, se diría que jamás incurrirían en los mismos vicios. ¡Ah! ¡Miserable condición humana, que nos hace censurar los defectos ajenos, al mismo tiempo que los cometemos nosotros! Todas las potencias europeas habían sufrido por la ambición de Napoleón, habían maldicho esta ambición desordenada, y esta conducta hacía creer que si llegaban á su vez á ser dueños de la Europa, la justicia y la moderación reinarían sobre la tierra. Ya hemos visto hasta qué punto los resultados respondieron á las palabras. La única diferencia que se pudo observar entre las potencias aliadas y Napoleón, es que ellas eran cuatro en vez de uno, y que era preciso que cada cual se detuviera donde empezaba la ambición de las otras tres. En cuanto á la Francia se la trataba como á vencida, y esto, si no era justo, era al menos natural. La Francia, ó por mejor decir, el hombre que la gobernaba, había abusado de la victoria y nuestros vencedores abusaban á su vez; quejarse, en este caso, era pueril; defender la causa de su grandeza en el tribunal de sus rivales, era ridículo. Es de uno mismo y no de los demás, de su valor y de su prudencia de lo que debe esperarse la grandeza; y cuando no se quieren sufrir las consecuencias de las faltas, es preciso ni cometerlas ni dejarlas cometer.

Con todo, se nos permitirá decir, sin orgullo nacional, que después de haber condenado justamente los excesos de Napoleón, la coalición europea los imitaba;

que después de los diferentes repartos de la Polonia y las secularizaciones germánicas, que tanto habían engrandecido á las potencias del continente, después de la invasión de todas las colonias, que tan desmesuradamente habían extendido la dominación marítima de la Inglaterra, reducir á la Francia á las proporciones que tenía á fines del siglo XVIII, no era ni equitativo ni conforme al equilibrio general. Se nos permitirá decir que si la Francia, por la fecundidad de su genio, de su suelo y de su revolución, no había engañado todos los cálculos, y no había logrado ser con la paz tan grande como lo había sido por la guerra, hubiera sido perjudicial á la Europa, que no hubiera podido, sin peligro por su independencia, prescindir de ninguna de las potencias de que se componía, y de la Francia menos que de ninguna otra, porque se ha visto que tan pronto la Inglaterra tiene necesidad de la Francia contra la Rusia como ésta tiene necesidad de ella contra la Inglaterra; la Prusia contra el Austria, el Austria contra la Prusia, la Alemania contra estas dos últimas, y en fin hay un interés que siempre la necesita, y este interés es el de la civilización.

Pero basta de quejas inútiles por un proceder que nos habíamos proporcionado. Hablemos de los otros. Todo lo que no era de los cuatro, ó no les interesaba directamente, fué repartido como un botín hallado en medio de una plaza tomada por asalto. Pequeños príncipes alemanes, pueblos libres, bienes teutónicos, bienes de la orden de Malta, principados eclesiásticos, antiguas repúblicas, todo fué absorbido sin piedad para construir el territorio de los vencedores ó de sus protegidos.

Si se trataba de hacer callar los celos de un vecino, de pagar á un confederado útil, de trazar mejor la frontera de uno de los cuatro, de procurarle litoral ó una jurisdicción de su conveniencia, inmediatamente se mediatizaba á un príncipe alemán, incorporaban un pueblo libre ó suprimían una antigua república, ó secularizaban un dominio de la iglesia germánica. El Austria se apoderaba de Venecia, del Piamonte, de Génova, sin que se elevara en contra suya una sola objeción. ¡Desgraciado aquel que no interesaba á uno de los cuatro! La Dinamarca fué despojada de la Noruega para asegurar la popularidad del príncipe Bernadotte en Suecia. En compensación le dieron la Pomerania sueca; pero la Prusia deseaba esta provincia para procurarse un litoral desde Stralsund á Memel, y quitaron á la Dinamarca esta insignificante indemnización, que le pagaba con una indemnización más ilusoria todavía, el ducado de Lawenburgo, y algunos miles de escudos. La desgraciada Sajonia, que por unirse á los aliados en el campo de batalla de Leipsick nos había abandonado, y que, por este título, hubiera debido encontrar alguna indulgencia con los vencedores, era respetada porque su conservación interesaba al Austria y á Alemania, pero, aunque respetada, perdía la mitad de su territorio en provecho de la Prusia, que durante diez años se había quejado amargamente de los golpes dirigidos á la existencia de los Estados alemanes. La Polonia, defendida por la animosidad del Austria y la Inglaterra contra la Rusia, se entregó al emperador Alejandro bajo un pretexto que servía á ocultar la ambición de uno, y la debilidad de los otros, el de reconstituir este reino y colocarle bajo la autoridad de un solo soberano: triste

ilusión, que no debía durar mucho tiempo, pues la Polonia con esta media independencia y el deseo y los medios de sacudir el yugo ruso, se insurreccionaría pronto, merecería un castigo por esto, y quedaría convertida en una simple provincia del imperio de los zarés; y la Europa por su parte vería que se engrandecería la Rusia con la Polonia entera. El Austria deseaba la Italia, que no podía interesar más que á la Francia, de la que se ocupaban bien poco, y entregaron al Austria, á sus príncipes, á su influencia, la Italia entera, fardo molesto, cuyo peso debía un día sentir con disgusto el gabinete de Viena. En cuanto á la Inglaterra, no contaban con ella. A Gibraltar quería añadir Malta, las islas Jónicas, el Cabo, la isla de Francia y una parte de las Antillas; esto no suscitaba dificultad alguna. Deseaba las embocaduras del Escalda y del Rhin para constituir contra nosotros el reino de los Países Bajos, y sin cuidarse de la antipatía de belgas y holandeses, sus deseos fueron cumplidos al instante. Sin embargo, alguna vez, uno ú otro de los cuatro copartícipes del mundo, herido no por su avaricia sino por la de sus tres asociados, estaba pronto á censurársela, mas la censura expiraba en sus labios; ¡tan extraña hubiese parecido una lección de moderación en cualquiera de ellas!

No es un sentimiento vulgar el que nos arranca estas reflexiones, pero después de haber puesto en relieve las faltas de Napoleón, nos creemos en el deber de manifestar las de aquellos que sucedieron á su dominación, y que, bajo el pretexto de vengar á la Europa, no hicieron otra cosa que repartírsela. El deber de la historia es señalar los excesos de todos, sin distinción, y se nos permitirá decir que los de nuestro país eran los de un hombre y no los de Francia; que, al entrar en ella, le habían prometido tener en cuenta esta diferencia, ¡ah!, ¡promesa bien pronto olvidada, como se pudo ver en el tratado de París!

Después de haber apreciado el congreso de Viena respecto á la simple equidad, preciso es considerarlo con referencia á la política. En todo él no presidió más que una idea, la de acumular las precauciones contra la Francia. Si en vez de estar bajo el cetro de los Borbones, hubiéramos estado aún en las manos del temible conquistador á quien deseaban exigir tantas represalias, y contra el que tenían precauciones que tomar, no habrían podido usar con ella de peor conducta.

Sobre esto, no se hizo más que dejar obrar á la Inglaterra, y á fe que no se descuidó. Impresionada con el bloqueo continental, aspiraba sobre todo á ponernos fuertes barreras á lo largo del litoral de la mar del Norte y del Mediterráneo, y quería que jamás pudiésemos reconquistar el camino de Amberes ó de Génova; por esto reorganizó el reino de los Países Bajos, y con esta idea también favoreció tanto el restablecimiento del reino del Piamonte. No se equivocó al escoger para oponernos las casas de Orange y de Saboya, pues además de los recientes agravios de estas dos casas, la una había adquirido su grandeza luchando contra la Francia, la otra sirviéndose de ella, y vendiéndola después de haberse aprovechado de sus auxilios.

La Inglaterra les confió, pues, á Amberes y Génova, y no se detuvo en esto. Aceptando la idea de Mr. Pitt, obligó á la Prusia á recibir las provincias rhinianas, para que perpetuamente desconfiara de nosotros. Aún no

bastaban á sus fines estas precauciones; quiso inspirar á la Baviera los mismos temores, y de acuerdo con el Austria le otorgó el Palatinado del Rhin. El Austria, no por odio, sino por cálculo, entró en estas miras, á condición, sin embargo, de comprometer á las otras potencias con la Francia sin comprometerse ella, pues, por ejemplo, nunca se prestó á la proposición de apoderarse de la Bélgica. La Prusia, aunque muy irritada contra nosotros, se apercibió del papel que la querían hacer representar: se quejó á la Inglaterra, é insistió en que le dieran la Sajonia en vez de las provincias rhinianas; pero no pudiendo conseguir la Sajonia, concluyó por aceptar lo que le daban. Alejandro conocía bien estos cálculos, que le hacían sonreír más de una vez, y de buen grado nos hubiera prestado su apoyo para librarnos de ellos; pero viéndonos aliados obstinados é inexplicables de la Inglaterra y del Austria, se separó de nosotros, expresando su desprecio por la torpeza de nuestra política.

Acumulando de este modo en nuestro derredor los intereses recelosos, los reinos enemigos, el congreso de Viena fué el origen de la *Santa Alianza*, que ha regido á la Europa cerca de medio siglo; política en la intención de sus autores, destinada á ser eterna, pero que, como todas las cosas, ha cedido á la lenta y sucesiva acción del tiempo, pues el reino de los Países Bajos, fundado en la unión de dos pueblos incompatibles, se ha destruido; la Inglaterra, la enemiga obstinada en otro tiempo de las revoluciones, las ha apadrinado después; la casa de Saboya, al cabo de cuarenta años de ciega hostilidad contra la Francia, de repente ha comprendido la utilidad de sus servicios; y el Austria, agobiada con el peso italiano, ha depuesto una parte de él; política, por consecuencia, debilitada y casi aniquilada, pero que los celos de la Europa y las imprudencias de la Francia pueden hacer que reviva, y que, tanto por una como por otra, debe desearse que no aparezca jamás, pues para la Europa tiene el grave inconveniente de hacerla olvidar todos sus intereses por uno solo, el de contenernos, el de hacerla, en cierto modo, adversaria del progreso humano, protectora de los abusos del pasado, y con frecuencia sostenedora de los malos gobiernos, y sobre todo el de dar á la demagogia la temible alianza de la Francia; política que no es menos funesta para la misma Francia que, aislada enteramente, se ve condenada á estar en eterna contradicción con la Europa, á ver sus más legítimos designios rechazados porque son de ella, á no tener aliados ni en la guerra ni en la paz, á convertirse en el triste cómplice de la demagogia, á ser el espanto del mundo, de quien podría ser la nación predilecta; política cuya adopción sería culpable é insensato en ella provocar, alarmando á la Europa y reduciéndola á buscar su salvación contra nosotros en la unión de todas las naciones!

Por lo demás, en la época de que hablamos, esta política era natural, era el resultado de una larga y espantosa lucha, y no debe censurarse amargamente á los diplomáticos que, destruyendo esta política de antagonismo contra la Francia, creían hacer de sí propios una defensa legítima. Tampoco debemos olvidar que los personajes que dirigían el congreso, aunque enemigos de la Francia, sobre todo de la revolución francesa, á la que habían combatido durante veinticinco años, y arrastrados por una reacción violenta, se esforzaron, sin